

Jazmín y la serpiente del Raizal

Emma Reyes



Capítulo 1

Jazmín y la serpiente del Raizal

1. Más allá de los ojos

Jazmín tenía 11 años y vivía con sus padres en un pequeño piso en el Madrid de los Austrias, el barrio más antiguo de la capital de España. Eran una familia feliz y aparentemente "normal."

Desde muy pequeña se sintió atraída por la naturaleza pero el mayor contacto que tenía con ella era el trabajo de sus padres, Margarita y Octavio. Ambos tenían una tienda de flores que adoraban. Era muy antigua y derrochaba encanto. Disfrutaban mucho con ella y eso era algo que se notaba ni bien entrar. Era un oasis situado en una de las estrechas callejuelas que salía de la plaza Mayor.

La puerta de entrada, de madera roja, tenía unas mariposas talladas que la hacían especial. Una vez dentro, las flores de colores contrastaban con las paredes blancas y el suelo de madera oscura. Los ventanales se imponían enormes, de cristal y con marcos de madera blanca.

Margarita había heredado la tienda, que había pasado de generación en generación en su familia. Aunque en sus orígenes no era de flores sino de perfumes. Había sido fundada por Violeta, la tatarabuela de Jazmín, en el año 1888.

Dicen que Violeta era una mujer muy extraña. La conocían como "la creadora de fragancias". Era bastante popular. Y era ciega. Gracias a eso, tenía el sentido del olfato mucho más desarrollado que el resto de los mortales y eso la ayudaba mucho en su negocio.

Cuenta la leyenda que una mañana de abril, en medio de una tormenta eléctrica descomunal, el cielo se iluminó por completo y un rayo cayó sobre su laboratorio (así le gustaba llamar ella a la tienda) destruyendo todas las esencias que atesoraba desde hacía años. Se oyó una gran explosión que impregnó de un aroma muy intenso a todo el barrio. Parece ser que Violeta se esfumó con él. Nadie más la volvió a ver. Y nadie jamás encontró su cuerpo.

Algunos creyeron que se hizo cenizas luego de la explosión. Otros que, tanto su cuerpo como su espíritu, se fueron con sus perfumes. ¿A dónde? Nadie lo había descubierto, todavía...

Hacía años que Margarita y Octavio tenían la tienda y siempre había funcionado muy bien. Los vecinos del barrio se acercaban a menudo a comprar porque también disfrutaban del ambiente y de la

agradable compañía de sus propietarios.

A Jazmín le gustaba revolotear por allí desde que era un bebé y era tan encantadora como las flores. Se notaba que se sentía a gusto estando rodeada de naturaleza. Aunque, además de las flores, le atraía mucho una enanita de jardín muy antigua que había en un rincón de la tienda. Margarita le contó a su hija que era de su tatarabuela Violeta. Y que estaba allí desde que la tienda se había abierto.

Todo transcurría con normalidad en las vidas de Jazmín, Margarita y Octavio hasta que una mañana algo muy extraño pasó. Un episodio que alertó a todos los vecinos del barrio. No se sabe bien cómo, ni de dónde, empezaron a llegar cientos de insectos que se pusieron a volar por los alrededores de la tienda. Algunas abejas, medio ciegas, se estrellaron contra los cristales de los ventanales. Las avispas, más avispadas lógicamente, esperaban al acecho a que alguien saliera para clavarles su agujón.

Jazmín y sus padres miraban el espectáculo desde dentro sin atreverse a abrir la puerta. Hasta que alguien llamó a los bomberos y consiguieron espantar a la legión de invasores con los chorros de agua que lanzaban las enormes mangueras. Nadie en su sano juicio podía imaginar el verdadero motivo de lo que estaba sucediendo. Y, mucho menos, presentir lo que estaba por llegar.

Pasaron un par de semanas y ocurrió una de las peores cosas para Margarita y Octavio... Los clientes empezaron a dejar de ir a la tienda para irse a la competencia. Era como si estuviesen hipnotizados. Algo irresistible les hacía hacer colas que daban vuelta a las calles para llevarse unas flores, supuestamente perfectas. Unos pocos meses más tarde la situación se hizo insostenible y tuvieron que tomar la decisión más triste de sus vidas: cerrar.

Fue un momento desolador. Las lágrimas de toda la familia caían sobre los pétalos de las flores mientras las iban recogiendo con mucho cariño. Tenían que dejar la tienda vacía para poder alquilarla y sacar algo de dinero para sobrevivir.

De repente se largó a llover torrencialmente. El agua no dejaba ver nada a través de las ventanas y, de nuevo, volvieron los insectos. Aunque, esta vez, entre ellos apareció una paloma blanca que abrió sus alas majestuosamente y se posó en la ventana. Margarita y Octavio notaron que tenía un pequeño papel atado a su patita derecha. Octavio no dudó ni un segundo en abrir la ventana para cogerla. Luego se sentó en las escalinatas de la entrada y la puso sobre sus piernas con extrema delicadeza para quitarle el mensaje que llevaba amarrado. Margarita y Jazmín miraban sin pestañar esperando a que Octavio lo leyera en voz alta:

"Estoy aquí, nunca me he ido" Decía el mensaje escrito a mano con

una letra preciosa en tinta.

Los tres se miraron entre ellos y trataron de encontrar algún tipo de lógica a lo que estaba pasando pero les resultó imposible. Estaban muy preocupados por sus plantas y esa misma tarde se fueron a un bosque, en las afueras de la ciudad, para plantarlas allí y que pudieran seguir creciendo en medio de la naturaleza.

Cuando llegó la noche estaban agotados de todo lo que había sucedido en el día. Margarita y Octavio se fueron a dormir. Jazmín hizo lo mismo pero antes puso el mensaje de la paloma debajo de su almohada, como si de un dientes para el ratoncito Pérez se tratara. Unos minutos más tarde se durmió y tuvo un sueño, como mínimo, peculiar. Soñó que una señora mayor, con arrugas muy profundas en la cara y el pelo blanco, le susurraba algo al oído:

—No tengas miedo, mi niña —le dijo.

—¿Miedo?—contestó Jazmín.

Luego la señora le acarició suavemente la cabeza y volvió a hablar:

—Despierta—

En ese instante Jazmín se despertó. Abrió los ojos e inmediatamente los volvió a cerrar, incrédula de lo que estaba viendo, o no viendo... Los volvió a abrir, se los restregó con las dos manos y gritó:

— ¡Mamaaaaa, papaaaaa! —

Y otra vez:

—¡Mamaaaaa, papaaaaa, no puedo ver nada! —lloraba desconsolada.

En menos de un minuto estaban los dos junto a su cama tratando de tranquilizarla.

— ¿Qué pasa hija, qué tienes? —preguntó Margarita muy preocupada.

— ¡No veo nada de nada, mamá! —respondió afligida.

— No puede ser, hija—contestó Margarita de inmediato.

—Tranquila, llamaré al doctor García ahora mismo—

—¡Todo se va a solucionar!— aseguró Octavio sin estar muy convencido de sus palabras.

Jazmín no paraba de llorar mientras tanteaba con sus manos todo lo que tenía alrededor buscando a su madre.

Octavio estaba muy inquieto y angustiado. Pasaban los minutos, luego las horas, y el doctor no llegaba. Tres horas más tarde por fin apareció.

— Lo siento, una urgencia no me dejó venir antes —se excusó.
—¡Esto es una urgencia! — gritó Octavio mientras lo empujaba hacia la habitación de Jazmín.

El doctor García se sentó en la cama junto a Jazmín y le pidió a Margarita y a Octavio que lo dejaran solo con su hija. Acto seguido la revisó y empezó a hacerle las preguntas de rutina para comprobar sus síntomas. Pero nada encajaba con ningún diagnóstico. Pasó su mano por delante de los ojos de Jazmín, una y otra vez, y ella ni se inmutó. Realmente no veía nada.

— ¿Qué tengo doctor, me voy a curar?—preguntó desesperada. — Espera un momento aquí— Le dijo el doctor con una voz tan tosca como su actitud.

Jazmín pensó que era una estupidez ¿dónde se iba a ir en pijama y sin poder ver absolutamente nada?

El doctor abrió la puerta de la habitación y Margarita y Octavio casi se caen al suelo. La desesperación les había hecho pegar la oreja a la puerta como si fueran dos niños tratando de oír una conversación de mayores.

—Me temo que deben consultar con un especialista. —recomendó el doctor quitándose las gafas, con un tono en la voz que transmitía una gran preocupación.

—¿Un oftalmólogo? —pregunto Octavio enseguida.

—Sí. Y un neurólogo. Y un psicólogo. Y un psiquiatra. —soltó el doctor García sin anestesia.

El diagnóstico podía ser, desde una anomalía en los ojos, hasta algo en el cerebro o algún tipo de trauma que había dejado ciega a Jazmín, temporalmente, en el mejor de los casos.

Aquella noche fue eterna. Nadie pegó ojo. Sólo Jazmín se durmió un par de horas porque el llanto la había dejado exhausta. Curiosamente, volvió a soñar con la señora de pelo blanco y surcos en la cara. Esta vez, le decía que pronto volvería a ver, y que confiara en ella:

—Volverás a ver y los colores te parecerán aún más brillantes.

Y disfrutarás de todo lo que ven tus ojos mucho más—le aseguró.

—¿Quién es usted? —preguntó Jazmín frunciendo el ceño.

Segundos más tarde se despertó con una anormal tranquilidad, teniendo en cuenta el momento por el que estaba pasando. Entonces llamó a sus padres y les dijo que no sufrieran por ella, que estaba segura de que volvería a ver muy pronto.

Margarita no pudo aguantar la emoción y unas cuantas lágrimas inundaron sus ojos perdidos. Octavio respiró profundo, tragó saliva y a penas pudo contener las suyas.

Ese día Jazmín esperó a que llegara la noche como nunca antes. Estaba

nerviosa porque sabía que la señora de pelo blanco volvería a aparecer en sus sueños. Y así fue. Jazmín soñó que la misteriosa señora dejaba de serlo porque le confesaba su identidad. Le decía que era, ni más ni menos, que su tatarabuela!

—Soy la bisabuela de tu madre, tu tatarabuela. Me llamo Violeta, Jazmín. —le dijo con una discreta sonrisa en sus labios.
Jazmín respondió: —¿Esto es real o es un sueño? —
—Es un sueño pero eso no quiere decir que no sea real— explicó Violeta con dulzura.

Luego le dio un profundo abrazo y Jazmín le preguntó por qué le estaba hablando en su sueño.

—Porque necesito tu ayuda—respondió Violeta.

— ¿Mi ayuda? ¿Para qué? —

—Para salir del sitio donde estoy atrapada desde hace siglos. Sólo así podré salvar a las flores y tus padres volverán a abrir la tienda— contestó Violeta.

— Pero... ¿dónde estás? Y ¿qué debo hacer? —Jazmín no entendía nada.

— Lo primero que debes hacer es confiar en mí porque yo seré tu guía.

— Claro que sí ta-ta-ra-buela—trató de decir Jazmín tartamudeando un poco.

—Puedes llamarme Violeta— dijo Violeta sonriendo.

Luego le dio la primera instrucción:

—Tienes que coger la enanita de jardín que tus padres tienen en la tienda y llevarla al bosque donde trasplantaron las plantas el día que la cerraron. —

Jazmín respondió:

—Pero ¿cómo podré hacerlo sin ver nada?—

—Cada vez que cierres los ojos y los toques con tus dedos escucharás mi voz que te guiará—respondió Violeta.

La mañana siguiente Jazmín se despertó llena de energía y sabiendo exactamente lo que tenía que hacer. No tenía miedo. Así que se dirigió directo a la tienda a por la enanita y la metió dentro de una mochila. Con la ayuda de Violeta, llegó a la estación y se montó en el primer tren rumbo al bosque. Cada pocos minutos se tocaba los ojos esperando a que Violeta le dijera dónde tenía que bajarse. Estaba viajando tranquila y sin ningún problema a la vista. Al menos eso era lo que creía ella... Porque, de repente, sintió un fuerte tirón y se dio cuenta de que alguien intentaba robarle la mochila. Se dio la vuelta bruscamente y la agarró muy fuerte entre sus brazos para que nadie pudiera arrebatársela. Luego bajó del tren y cuando pensó que estaba a salvo ide nuevo el tirón! y esta vez no pudo hacer nada para evitar el robo. Estaba desesperada y lo primero

que hizo fue llevarse los dedos a los ojos para escuchar la voz de Violeta. Esta le dijo:

—Tranquila, Jazmín, fue un niño quien te ha robado y te diré dónde se ha ido para que recuperes tu mochila.—

Jazmín se calmó y caminó unos cuantos metros con los dedos en los ojos para seguir las indicaciones de Violeta. Cuando, de pronto, empezó a notar que pisaba un suelo blando. Se encontraba en el bosque, donde se había escondido el niño ladrón. El granuja tenía una especie de refugio debajo de un gran árbol.

Entonces Jazmín gritó:

—No puedo verte pero puedo sentir que estás aquí. ¡Y te exijo que me devuelvas la mochila que me has robado! —la pequeña valiente estaba indignada.

No oyó nada. Solo los pájaros revoloteando por allí. De súbito se tocó los ojos y pudo oír la voz de Violeta que le decía que caminara cinco pasos hacia la derecha y tres hacia el frente. Ella siguió sus instrucciones al pie de la letra y volvió a gritar:

— ¡Sal de donde te escondas, niño, necesito mi mochila ya mismo! —

Entonces el fugitivo habló:

— ¿Por qué te interesa tanto esta mochila si aquí no hay nada de valor? —

— ¡Para mi sí que lo hay, así que devuélvemela ahora mismo! —insistió Jazmín.

— Vale, aquí la tienes. —dijo el niño mientras le arrojaba la mochila.

Jazmín se fue corriendo sin rumbo porque lo más importante para ella, en ese momento, era alejarse del niño ladrón. Cuando creyó que estaba lo suficientemente lejos, se sentó en el suelo y contactó con Violeta para recibir más indicaciones.

Violeta le dijo que no necesitaba instrucciones porque su olfato le había llevado justo al lugar donde debía dejar a la enanita.

—¿Mi olfato? —preguntó Jazmín sorprendida.

—Claro, Jazmín. Ahora que tú no puedes ver estás desarrollando más el olfato y has sentido de dónde venía el aroma de las flores de tus padres. Has llegado tú solita a este lugar— explicó Violeta, orgullosa de su tatarfanieta.

Jazmín estaba agotada pero llena de satisfacción por lo que había conseguido.

Dejó la enanita allí como le había pedido Violeta y se marchó, feliz. De camino a casa en el tren, oyó los gritos desesperados de una señora:

— ¡Me ha robado, ese niño me ha robado! —

Jazmín supo de inmediato que se trataba del mismo niño que le había robado a ella antes y decidió actuar. Inmediatamente se tocó los ojos y Violeta le dijo que corriera hacia la izquierda, hacia el último vagón del tren. Eso hizo Jazmín y, cuando llegó, oyó:

— ¡Oh no, otra vez tú no! — El niño le estaba gritando.

No lo podía creer. Jazmín comenzó a gritar para que viniera el guarda y le detuvieran. Fue entonces cuando el niño le suplicó que parara. Jazmín no le hizo caso y cada vez gritaba más fuerte. Hasta que el niño se largó a llorar como un bebé. Era un llanto realmente desesperado que logró conmover a Jazmín haciéndola parar. Él le agradeció de inmediato y corrió a abrazarla. Jazmín no podía imaginarse la historia tan triste que le contaría minutos más tarde. Entonces se tocó los ojos y comprobó que había llegado su parada, se despidió del niño y se bajó del tren. Caminó a paso rápido pensando que estaba sola o... bueno... con la compañía de Violeta que siempre iba con ella. Pero no, el niño estaba siguiéndola sin decir una palabra. Jazmín pudo sentir su particular olor: una mezcla de barro con sudor y suciedad de varios días campando a sus anchas en su pelo.

—¿Por qué me estás siguiendo? —le preguntó Jazmín enfadada.

Se oyó un silencio total.

—¡Contesta, sé que estás ahí! —insistió Jazmín.

—¡Es que no puedo volver a casa sin nada, mi padre me matará!

Cuando regreso sin nada, me castiga atándome al tronco de un árbol y dejándome allí todo el día sin comer ni beber nada. —el niño tenía la voz cargada de angustia.

— Tranquilo, no te preocupes que eso no te volverá a pasar. Iremos a casa y mis padres te darán una bolsa con comida ¿vale? —Jazmín cambió notablemente el tono con el que se dirigía a él.

— No itus padres no pueden verme! Además mi padre quiere dinero, no comida. ¡Me volverá a castigar!—dijo el niño muy preocupado.

—Tranquilo, algo se nos ocurrirá... ¿Cómo te llamas, por cierto.—preguntó Jazmín de repente.

—Fran—

—Vamos Fran y no te agobies que nadie va a verte ite lo prometo!—

Jazmín sintió mucha pena por él y decidió ayudarlo escondiéndolo en su casa por una noche. Pensó que la mejor opción sería llevarlo a la tienda. Como era sábado sabía que nadie estaría allí al día siguiente. ¡Qué equivocada estaba!

Fran durmió toda la noche sin sobresaltos pero al amanecer, con el primer rayo de sol que tocó su cara como un cuchillo afilado, aparecieron ellos: las criaturas voladoras ¡Otra vez los insectos en los alrededores de la tienda!

El zumbido era insoportable y lo peor de todo era que Fran no podía salir de allí porque al abrir la puerta se meterían dentro y lo picarían hasta en el ombligo. Fran tenía miedo. Estaba atrapado en un sitio en el que se suponía que nadie iba a verlo; Pero, con semejante espectáculo que estaban dando los insectos en la calle, dudó seriamente en que así fuera. De a poco fueron apareciendo los primeros vecinos que, más que por los insectos, se sorprendieron de verlo a él en la tienda.

—¿Quién es ese niño? — Se preguntaban unos a otros.

—¿Será un sobrino de Margarita u Octavio? —no dejaban de especular.

Mientras tanto Fran los miraba desde el otro lado de la ventana con carita angelical para que a nadie se le ocurriera llamar a la policía. Y la verdad es que su aspecto desalineado y sucio no ayudaba demasiado. Era un niño guapo pero sabía disimularlo muy bien. Tenía el pelo castaño oscuro, la piel muy blanca y unos ojos grises enormes con pestañas largas y arqueadas. Parecía un muñeco.

Por suerte para Fran, la que apareció fue Jazmín. Lo malo fue que atrajo aún más a los insectos. En un momento la rodearon formando un remolino enorme. Ella instintivamente se llevó los dedos a los ojos para oír algún consejo salvador de Violeta.

— ¡Pon tus dos manos sobre las mariposas talladas en la puerta, Jazmín!— le ordenó Violeta.

—¿Qué? —contestó sin entender el motivo de hacerlo.

— ¡Hazlo! — insistió Violeta elevando el tono de su voz.

Jazmín puso sus manos sobre las mariposas y de repente comenzó a salir un humo gris mal oliente que espantó a los insectos. Olía fatal, aún peor que Fran.

Entonces abrió la puerta y se metió en la tienda.

Fran seguía de pie junto a la ventana mirando hacia afuera con terror de que volvieran los insectos.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó a Jazmín.

— Te he traído lo que he podido, los pocos ahorros que tengo.— —¡Gracias!—gritó Fran.

—Ahora ya puedes volver a casa—dijo Jazmín.

—Dime si puedo hacer algo por ti para agradecerte—preguntó Fran.

Antes de que a Jazmín le diera tiempo a contestar, Margarita y Octavio se plantaron en la tienda. Estaban enfadadísimos porque su hija se había ido de la casa sin decir nada y se habían preocupado mucho.

Una niña ciega, sola por las calles de Madrid... ¿cómo ha podido pasar? se preguntaban el uno al otro. Estaban horrorizados. Por otra parte, no entendían cómo había hecho para llegar hasta allí solita.

—¿Cómo has venido hasta aquí tú sola, Jazmín? —preguntó Margarita.

Octavio añadió:

—Y ¿quién es este niño?—

A Jazmín no se le ocurrían palabras que pudieran explicar cómo había llegado hasta allí. Y en cuanto a Fran, peor todavía. No tenía ni idea de qué responder. Entonces lo único que se le ocurrió fue tocarse los ojos para ver qué pensaba Violeta.

—Acércate a la ventana, Jazmín. Una paloma blanca aparecerá con un mensaje y eso distraerá a tus padres—dijo Violeta. Y vaya si los distrajo. El plan de Violeta dio resultado porque la paloma captó toda la atención de Margarita y Octavio. Ella traía consigo un mensaje que dejó boquiabiertos a todos, incluido Fran.

2. El mensaje esclarecedor

—***La serpiente del raizal está envenenando las flores de La Tierra y sólo Jazmín puede detenerla.***—leyó Margarita en voz alta y temblorosa.

—¿Qué significa este mensaje? ¿Qué serpiente? ¿Qué raizal? —Octavio estaba con la cara desencajada y rojo como un tomate.—¿Es una de tus bromas, Jazmín? —preguntó Margarita.

—No mamá iyo no hice nada! Aunque creo que sé de dónde puede venir este mensaje.—

—¿De dónde?— preguntó Octavio bastante desconcertado.

Fran no sabía si salir corriendo o echarse a llorar.

—Parad un momento, por favor—dijo Jazmín seriamente. Luego se tocó los ojos esperando a que Violeta arrojará algo de luz a la situación y le dijera cómo diablos salir de ella.

Violeta le explicó lo que estaba pasando entre interrupción e interrupción

de Margarita y Octavio que estaban ansiosos por saber de qué iba todo aquello. No entendían nada. Empezando por el hecho de que su hija se tocara los ojos todo el rato.

—¿Por qué te tocas los ojos, hija? — preguntaron los dos a la vez pensando que tal vez le dolían.

Jazmín no dijo ni una palabra. El silencio invadió la tienda. El viento empezó a rugir con fuerza golpeando las ventanas. Las copas de los árboles se zarandeaban de un lado al otro. Ni un alma caminaba por la calle. Pasados unos minutos, que se hicieron eternos, Jazmín se sentó en el suelo y comenzó a hablar. Las caras de sus padres se fueron transformando a medida que la escuchaban. Ella no podía notar lo pálidos que estaban.

— Confiad en mi. Ahora no puedo contaros demasiado. Sólo puedo adelantaros que voy a detener a la serpiente del Raizal y que no me pasará nada. Os lo prometo. —aseguró Jazmín muy calmada.

De repente, se oyó:

—¡Yo te ayudaré! —gritó Fran eufórico.

Esa fue la gota que rebasó el vaso para Margarita.

— ¿Qué? ¡Tú te callas! ¡Ni si quiera sabemos quién eres ni de dónde vienes? ¡Esta tontería se acaba aquí! —sentenció Margarita muy enfadada.

Y la situación fue a peor:

— Tranquilos, no estoy sola en esto... Violeta me guía y siempre estará a mi lado cuidando de mi para que no me pase nada malo. — se atrevió a esbozar Jazmín.

Octavio miró a Margarita totalmente sorprendido y preguntó:

— ¿De qué Violeta estás hablando, Jazmín?—

Margarita no daba crédito mientras ataba cabos en su cabeza y se espantaba cada vez más. Las fotos y los recuerdos familiares pasaron por su mente como un tren de alta velocidad.

A Jazmín no le quedó otra salida que decir la verdad y nada más que la verdad. Empezó a confesar la rocambolesca historia de Violeta. Margarita, Octavio y Fran la oían sin decir nada. Cuando acabó, Margarita exclamó con los ojos desorbitados:

— Violeta ¿mi bisabuela??—

—Sí mami, mi tatarabuela— respondió Jazmín como si se tratara de la compañera del colegio que había visto la tarde anterior.

— ¿Me estás diciendo que mi bisabuela apareció en tus sueños y que ahora se comunica contigo a través de tus ojos? —preguntó Margarita con ironía.

—Sí, con sólo tocar mis ojos con los dedos puedo oír su voz. ¡Es como si encendiera una radio, mami!—explicó Jazmín emocionada.

Octavio se pellizcaba una y otra vez para ver si estaba soñando. Pero estaba más despierto que nunca. Entonces, en un intento desesperado por entender algo de lo que estaba pasando, se acercó a Jazmín y le puso los dedos sobre los ojos. No oyó nada. Jazmín le explicó que sólo ella podía oír a Violeta. Margarita, haciendo oídos sordos, también puso los dedos sobre los ojos de su hija. Pero tampoco oyó nada. Harta de tanto misterio decidió cortar de raíz aquel embrollo, y soltó:

— Aquí no ha pasado nada. Vamos a olvidar todo esto y a seguir con nuestras vidas como siempre ¿Está claro? — preguntó mirando a cada uno fijamente a los ojos con cierto aire amenazante.

En el fondo Margarita sabía que ya nada iba a ser como antes. Aquel domingo sería recordado por siempre por toda la familia. Fue el principio de sus nuevas vidas que de normales no tendrían nada. Fran se quedó en casa de Jazmín esa noche prometiendo dos cosas: la primera fue que se ducharía, por el bien de todos. La segunda, que a la mañana siguiente volvería a su casa sin falta y no le contaría a nadie lo que había pasado en la tienda. Octavio y Margarita trataron de calmarse y de digerir lo ocurrido.

Después de cenar se pusieron a ver una película en el sofá como si nada hubiese ocurrido. Querían pasar página lo más rápido posible.

Jazmín les siguió el juego a sus padres para que no entrasen en pánico y se fue a dormir como cualquier otro día. A la mañana siguiente ya era lunes y Margarita y Octavio se fueron a trabajar con total normalidad.

Fran cumplió su promesa y se marchó a casa con la ropa, el cabello y el cuerpo, limpios. Parecía otro niño.

Jazmín se quedó a solas con Violeta. Siempre había sido una niña muy obediente y esa no sería la excepción. Así que decidió hacer caso pero no a sus padres, sino a su tatarabuela. Sabía que no podía negarse a enfrentar el gran reto que tenía por delante: detener a la serpiente del Raizal.

Violeta le contó a Jazmín que unos días antes de su extraña desaparición (130 años atrás) estaba sola en su laboratorio cuando, de pronto, oyó un sonido que le recordó al de un cascabel. Se giró muy de prisa y no vio nada. Hasta que sintió que algo le rozaba los pies. Fue entonces cuando apareció una larga serpiente arrastrándose entre sus zapatos.

— ¡Ahhh qué asco!—no pudo evitar gritar Jazmín.

Violeta le dijo que la serpiente se irguió ante ella, extendió su lengua bífida y la miró fijo a los ojos tratando de persuadirla. Por unos segundos, Violeta no pudo moverse. El terror invadió su cuerpo. El sonido intenso y los ojos penetrantes de color amarillo verdoso de la víbora la habían paralizado por completo. Afortunadamente el fuerte aroma de sus esencias la salvaron de caer bajo el poder hipnótico del reptil. Habían funcionado como un potente antídoto.

Violeta se echó hacia atrás para escapar sin sospechar, ni por un instante, que esa asquerosa serpiente le hablaría. Pero así fue. Una voz muy aguda y repugnante le dijo:

—No tengas miedo, no te haré daño. —

Violeta a penas pudo responder con un tímido vale. Entonces la serpiente se volvió a pronunciar desde el suelo:

—Tengo un irresistible trato que proponerte, el mejor que te harán en toda tu vida: yo te doy superficialidad eterna y, a cambio, tú creas para mi un perfume con todas las esencias que has extraído de las flores. —

Violeta se negó rotundamente:

—Estás loca si piensas que haría algo así. Además...¿Por qué querrías tú un perfume? —

A la serpiente no le entraba en su diminuta y retorcida cabeza el hecho de que Violeta le dijera que no y contestó, con una voz aún más aguda:

—¿Sabes lo que daría cualquier ser humano como tú por conseguir lo que yo te estoy ofreciendo ahora? Belleza eterna, perfección, que todo el mundo te desee ¿Qué más se puede pedir en la vida? —

— Pues yo no quiero nada de eso. Yo prefiero la autenticidad, aunque no sea perfecta —contestó Violeta muy segura de sí misma.

La soberbia serpiente no pudo soportar lo que salía de la boca de Violeta. Sus palabras eran puñales que se iban clavando en su cuerpo profundamente, uno a uno. No contaba con la posibilidad de que alguien hozara a rechazar su oferta y aquello fulminó su orgullo. Entonces se enroscó y empezó a gestar la peor de las venganzas en su mente. Se fue hacia atrás para coger impulso y lanzó un chorro de veneno blanquecino y pegajoso con la lengua. Fue en ese preciso momento cuando se produjo la explosión.

Jazmín oyó a Violeta con extrema atención. Y casi sin aliento de la tristeza que le provocaba lo que decía.

La explosión de la que hablaba su tatarabuela fue la famosa explosión del

año 1888 en la que ella desapareció. No fue provocada por los rayos de la terrible tormenta de aquella noche, sino por algo mucho peor: la maldita serpiente del Raizal.

Violeta se quedó inconsciente en el suelo. Y cuando se despertó ya no estaba allí. O, mejor dicho, sí estaba pero no en el mismo sitio. La serpiente la había encerrado dentro de la enanita de jardín que Violeta tenía en la tienda y que luego pasó a manos de Margarita. Utilizó su maquiavélico poder para lanzarle una maldición que la condenaría a estar dentro de aquel diminuto cuerpo de cerámica el resto de su vida.

Durante mucho tiempo Violeta intentó salir del encierro en el que vivía. Gritaba con todas sus fuerzas pero nadie podía oírla. Hasta que un día, el ambiente se enrareció. Unos nubarrones negros oscurecieron el cielo y un zumbido comenzó a escucharse a lo lejos. Era un ejército de insectos que se acercaba cada vez más. La lluvia empezó a caer con fuerza y los relámpagos aparecieron en lo alto presagiando lo peor.

Las mariposas de la puerta de madera roja de la tienda lanzaron un humo gris que olía fatal. Acto seguido, escabulléndose por debajo de la puerta, volvió a aparecer la serpiente del Raizal. Destilando veneno y llena de maldad.

Violeta la vio desde los inocentes ojos de la enanita de jardín y entró en cólera experimentando algo que nunca antes había sentido. Su furia fue tan intensa que provocó en ella un poder espectacular: el de manifestarse en los sueños de su tataranieta Jazmín, una de las flores más bellas y puras de la naturaleza.

Violeta había encontrado la forma de advertir del peligro de la serpiente del raizal a través de la pequeña.

El plan de la serpiente era aparentemente perfecto. Había dotado a un ejército de insectos con grandes dosis de veneno para picar a la mayor cantidad de flores posible y matar al gen del olor. Este gen es el que le da el aroma a las flores. Si muere, el olor desaparece provocando un efecto increíble en ellas. Además de no oler, comienzan a verse perfectas y a durar sin marchitarse mucho más tiempo de lo habitual. Son mucho más bellas pero lo terrible es que pierden su aroma. Se ven despojadas de su esencia y se vuelven artificiales. Y lo peor es que existen muy pocos seres humanos capaces de detectarlo. Ellos creen que lo más importante es cómo lucen las flores y no, cómo huelen.

Lo cierto fue que la serpiente quería que el Raizal, el reino artificial y siniestro donde ella vivía, se extendiera y arrasara con nuestra naturaleza auténtica. Nuestro colorido mundo se volvería gris como el de ella.

Jazmín grabó en su mente cada detalle de la historia que le contó Violeta. Si se olvidaba de algo, ya estaba ella allí para recordárselo...

Debía tener las cosas muy claras para poder combatir a la serpiente. Y para ello no tenía alternativa, debía adentrarse en el tenebroso Raizal. Donde, no sólo habitaba la naturaleza muerta, sino también, otras criaturas extremadamente peligrosas.

Jazmín era valiente, de eso no había duda. Pero Violeta pensó que, de todas maneras, necesitaba ayuda. Además de ella, claro. Entonces se le ocurrió que podía pedírsela a Fran, el ladronzuelo.

Violeta presentía que, en el fondo, aquel niño era bueno y noble. Así que esperó a que Jazmín se durmiera y apareció en sus sueños para proponérselo. Pero a la pequeña no le gustó nada la idea. Tan descontenta estaba que se despertó gritando

— ¡Nooooo, yo puedo hacerlo sola! —

15 segundos más tarde Margarita y Octavio entraron en el cuarto de Jazmín para ver qué le pasaba a su hija.

—¿Qué ha pasado, Jazmín, haz tenido una pesadilla?—preguntó Margarita acariciando su pelo.

Octavio no dijo nada aunque se quedó expectante a ver qué contestaba su hija.

—Sí mamá, pero ya pasó. Estoy bien, volved a la cama. —

Jazmín no quería preocuparlos y decidió ocultar su verdadero sueño. Además, sabía que no le creerían. Cuando sus padres se fueron, se llevó las manos a los ojos porque no podía creer la ocurrencia que había tenido su tatarabuela.

— ¿No confías en mí?—le preguntó Jazmín a Violeta muy decepcionada.

—Claro que sí, pero siempre es bueno tener algo de ayuda. El Raizal es un sitio muy peligroso y creo que debes ir acompañada. —

—¡Pero iré contigo! —replicó Jazmín.

Violeta se tomó su tiempo y luego le dijo:

—Sí Jazmín, llevas razón. Pero tienes que entender que yo no puedo estar allí contigo físicamente y no es lo mismo. —

—Ahhh, está bien, le diré a Fran que venga conmigo. —aceptó la pequeña a regañadientes.

De pronto Jazmín escuchó un tic, tic, tic... Un ruido que venía de afuera. Preocupada, se tocó los ojos para preguntarle a Violeta qué era eso. Ella le dijo que era Fran que estaba fuera lanzando piedritas a su ventana. Entonces Jazmín se acercó a la ventana, la abrió rápidamente y, al verlo allí, gritó en voz baja:

—¿Qué estás haciendo ahí, Fran?—

El niño levantó la mirada y respondió:

—Me he escapado de casa y no sabía a dónde ir. —
¿Otra vez? Pensó Jazmín.
—Espera ahí sin hacer ruido— le ordenó.

Bajó las escaleras en puntillas para que Margarita y Octavio no se despertaran y salió en busca de Fran. Luego de un par de tirones de oreja subieron sin hacer ruido y se encerraron los dos en la habitación. Lejos de dormir, se quedaron un largo rato hablando.

Jazmín le dijo que necesitaba que la acompañara al Raizal. Fran aceptó de inmediato. Estaba feliz de ayudarla y de embarcarse en tan grande aventura con ella.

En un momento dado, se pusieron a hacer guerra de almohadas y Jazmín notó algo raro en el brazo de Fran. Era como una montañita áspera que irradiaba calor.

—¿Qué es esto, qué tienes aquí? —le preguntó tocándole el brazo izquierdo.

—Nada, creo que me ha picado algo esta mañana—le dijo Fran sin darle demasiada importancia. No quiso contarle a Jazmín que una serpiente le había mordido en el bosque. No quería que lo enviará al hospital porque no tenía ningún síntoma extraño y pensaba que no era grave.

Un par de horas más tarde se quedaron dormidos. Hasta que, de repente, Fran se despertó sudando y tiritando. Volaba de fiebre. Llamó a Jazmín para pedirle un vaso con agua y ella enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien. Fran tenía el pelo completamente mojado y la camiseta empapada. La picadura del brazo se había hinchado y emanaba calor como si fuese una estufa.

Jazmín corrió a por un vaso de agua y a por un paño frío para ponerle en la frente. Al no ver nada, se tropezó con algunas cosas por el camino pero por suerte no despertó a sus padres.

Fran se ponía cada vez peor. En un momento empezó a tener alucinaciones. Decía que había una serpiente en el cuarto y la espantaba con las manos. Jazmín se temió lo peor. Tal vez era solo una coincidencia o tal vez no, y se trataba de la maldita serpiente del Raizal.

En medio de la desesperación, se tocó los ojos para hablar con Violeta pero no oyó nada. Lo intentó otra vez y tampoco. Violeta había desaparecido.

3. Las profundidades del raizal

Sin el contacto con Violeta, Jazmín necesitaba más que nunca de la ayuda de Fran, así que tuvo que contarle a sus padres que él estaba allí para que llamaran al doctor García.

Cuando Margarita y Octavio lo vieron en ese estado no perdieron tiempo en regañar a Jazmín y llamaron enseguida al doctor. Aquella vez llegó bastante rápido.

Luego de revisarlo por unos minutos dijo que al niño le había mordido una serpiente venenosa y debían llevarlo al hospital para que le suministraran el antídoto en menos de 24 horas. Si no lo hacían, moriría.

Jazmín sintió mucho miedo. Menos mal que sus padres llamaron a la ambulancia de inmediato. Uno minutos más tarde, Fran se encontraba ingresado recibiendo el antídoto.

Los médicos aconsejaron que se quedara, al menos, dos días más allí para recuperarse bien pero él sabía que su amiga Jazmín lo necesitaba y no iba a fallarle. Por eso no lo dudó. Esperó a que se hiciera la hora de dormir y aprovechó un descuido del enfermero que lo cuidaba para escaparse.

La desesperación hizo que se colara dentro de una de las ambulancias del hospital. Nadie lo descubrió y consiguió bajar muy cerca de la casa de Jazmín. El resto del camino lo hizo a pie y consiguió llegar sano y salvo. Volvió a usar el método del lanzado de piedritas a la ventana para que Margarita y Octavio no lo vieran. Cuando Jazmín escuchó el tic tic que venía de fuera supo enseguida que se trataba de Fran y bajó a buscarlo. Cuando lo tuvo frente a ella, lo abrazó fuerte y le dijo:

—¡No sé qué haces aquí pero me alegro de que vinieras! —

Ambos subieron lo más rápido que pudieron y Jazmín lo escondió en su habitación. Tenían mucho que planear juntos esa noche. Al día siguiente esperaron a que Margarita y Octavio se fueran a la tienda y partieron hacia el Raizal. Jazmín no sabía dónde era exactamente, porque Violeta seguía desaparecida. De súbito recordó que ella le había dicho que el sitio estaba cerca del bosque donde habían dejado las plantas días antes, que tenía un olor putrefacto y que empezaba, justo, debajo de la raíz de un gran árbol.

Así que armada con esos pocos datos, su olfato y Fran, partió en búsqueda del maloliente Raizal.

Cogieron el tren hasta el bosque. Luego caminaron por allí sin rumbo fijo por un largo rato. Cada dos pasos Jazmín se tocaba los ojos con la esperanza de oír la voz de Violeta pero solo escuchaba el silencio.

Entonces una brisa suave empezó a soplar y Jazmín comenzó a percibir un olor terrible.

— ¡Fran, es por allí!—gritó señalando hacia el lado opuesto al que se dirigían.

—¿Estás segura? —preguntó Fran.

—¡Segurísima! —respondió Jazmín.

Ese olor repugnante no podía venir de otro sitio que no fuera el Raizal. El olfato de Fran no estaba preparado para sentirlo pero Jazmín hasta tuvo que contenerse para no vomitar. Era como haber metido la cabeza dentro de un cubo lleno de huevos podridos, agua de cloaca, coliflor recién hecha, zorrinos sudorosos y cebollas con hongos.

—Pero...¿aquí es por donde vivo yo, Jazmín?—soltó Fran sorprendido.
—¿Vives por aquí y nunca has sentido este olor?— Jazmín no daba crédito.
—Estamos muy cerca del árbol donde mi padre me castiga—dijo Fran con tristeza.
—¿Es muy grande? —preguntó Jazmín.
— Enorme—aseguró Fran.
—¡Llévame ahora mismo!— exigió jazmín exaltada.

Fran la guió hasta el árbol y, cuando llegaron, Jazmín supo que había encontrado el Raizal. Lo sintió en lo más profundo de sus fosas nasales y de su ser. Se llevó las manos a los ojos de forma instintiva pero sin muchas esperanzas de oír a Violeta. Hasta que, en el momento menos pensado ella oyó! Un hilo de voz muy tenue le dijo:

—¡Jazmín, estoy aquí abajo! Necesito que sigas mis instrucciones al pie de la letra para bajar sin haceros daño.—
—¡Te escucho, Violeta! —Jazmín estaba feliz de oír de nuevo a Violeta. Y ansiosa por saber qué debía hacer para sacarla del infierno en el que estaba.

Jazmín se aseguró de que Fran estaba a su lado y le dijo que repetiría en voz alta lo que Violeta le dijera.

—Lo primero que debéis hacer es fabricar un escudo con flores que no estén envenenadas por la serpiente del Raizal. Si mantienen su aroma, sabréis que están bien. Sólo con vuestro escudo estaréis protegidos para poder bajar hasta aquí ¡Corred que el tiempo pasa rápido! —dijo Violeta.

Cuando Violeta terminó de hablar, los dos amigos se lanzaron en búsqueda de las flores. Lo hicieron guiados por los ojos de Fran y el olfato de Jazmín. Les costó bastante encontrar flores que huelan, pero lo consiguieron. Cuando, por fin, recogieron una cantidad razonable fueron a por ramas para hacer la estructura del escudo.

Fran utilizó unas plantas de enredaderas muy fuertes para amarrarlo todo. Un par de horas más tardes ya tenían sus escudos listos.

Jazmín y Fran se plantaron frente al árbol gigantesco y maloliente para recibir instrucciones de Violeta. No se imaginaban cómo podían bajar al Raizal cuando ni siquiera había un hoyo en la tierra, ni un túnel ¡Nada!

—Jazmín, el árbol tiene unas raíces enormes, tócalas con tus dos manos. —le pidió Violeta.

Jazmín hizo caso a su tatarabuela y luego preguntó:

—Tengo las manos sobre la raíz, ahora ¿qué hacemos?—

— Apoyad vuestros escudos sobre ella para que pueda sentir el aroma de las flores. Dejadlos allí por cinco segundos y luego volvedlos a coger con fuerza. En ese instante se abrirá una grieta en la tierra y vosotros caeréis al vacío. Es muy importante que no soltéis vuestros escudos porque ellos os protegerán. Afirmó Violeta muy seriamente.

Jazmín le contó a Fran lo que debían hacer y después planearon una

pequeña estrategia que consistía en que, a la cuenta de tres, dejarían sus escudos sobre la raíz. Luego Fran tocaría la mano de Jazmín para volver a cogerlos a la vez y caer juntos al Raizal. Cuando acabaron con el plan, respiraron profundo y dieron el gran paso de todo plan: ejecutarlo. Fue entonces cuando una estrecha grieta se abrió entre una de las ramificaciones de la raíz y los dos cayeron al vacío agarrados como garrapatas a sus escudos.

Pensaron que la caída sería muy rápida y que no verían nada pero ocurrió todo lo contrario. Fue en cámara lenta, como si allí no hubiese gravedad. Iban cayendo con la sensación de estar flotando y a medida que bajaban iban apareciendo criaturas que nunca antes habían visto. Unos pájaros parecidos a los colibríes pero con los picos muy afilados y peludos. Una especie de babosa transparente con tentáculos de pulpo color verde fosforito. Y unos cienpiés con cuerpo de escorpión y ojos de sapo. Todos repugnantes. También estaban los viejos conocidos como las termitas, los bichos bola y los murciélagos. Estas criaturas intentaban atacarles pero el escudo no los dejaba acercarse a Jazmín y Fran. El aroma de las flores creaba un aura a su alrededor que los protegía de lo que ocurría en aquel mundo oscuro y artificial.

Cuando Fran y Jazmín terminaron de caer, aterrizaron en un suelo árido y gris. Había muchos caminos estrechos que convergían en una especie de cueva con forma de altar. Allí arriba estaba la serpiente del Raizal rodeada de plantas carnívoras y alguna que otra flor medio marchita y sin aroma. Fran le describía a Jazmín todo lo que veía para que ella se hiciera una idea de dónde habían caído. Jazmín lo oía con atención mientras le agarraba la mano con fuerza; con la otra se aferraba a su escudo. Hasta que en un momento Fran se dio cuenta de que junto a una de las plantas carnívoras estaba la enanita de jardín de la tienda. Enseguida se lo contó a Jazmín y ella supo exactamente lo que tenían que hacer sin necesidad de contactar con Violeta.

—¡Tenemos que sacarla de ahí, Fran! —le dijo Jazmín al oído.

Fran se puso bastante nervioso:

—Pero...¿cómo vamos a hacerlo si allí está la serpiente y esas plantas asquerosas que son capaces de devorarnos en segundos?— Jazmín se tocó los ojos y le preguntó a Violeta:

—¿Qué tengo que hacer para sacarte de ahí, Violeta? — Preguntó muy nerviosa.

Violeta respondió:

—Tendrás que acercarte hasta aquí y enfrentarte a la serpiente, literalmente. Deberás mirarla fijamente a los ojos hasta que consigas hipnotizarla, tú a ella. No al revés. —

— Pero ¡yo no tengo ese poder, Violeta! ¿Cómo podría hacerlo? —preguntó Jazmín muerta de miedo.

—¿Cómo sabes que no tienes ese poder si nunca lo has probado? — soltó Violeta.

La pequeña se quedó sin palabras. De pronto sintió que Fran se quejaba. Estaba tumbado en el suelo, en posición fetal. Otra vez tenía fiebre y sudaba bastante. Jazmín corrió hacia él para ver qué le pasaba y Fran no paraba de decir que había sido la serpiente.

—¿Qué? ¿Esto te lo ha hecho la serpiente y no me has dicho nada? —Jazmín estaba muy enfadada.

Fran deliraba y repetía lo mismo, una y otra vez. Incansable:

—¡El veneno, el veneno está por todas partes, quítamelo, quítamelo!—

Desesperada, Jazmín se tocó los ojos para saber la opinión de Violeta y lo que dijo la preocupó aún más:

—Cuando la serpiente mordió a Fran le dejó el veneno escondido dentro de su cuerpo y el antídoto no lo eliminó. Solo lo hizo desaparecer por unas horas. —

—¿Qué hago entonces?—preguntó Jazmín muy afligida.

Y Violeta respondió:

—El único antídoto que puede combatirlo ahora es su propia esencia. Si la de Fran es auténtica y pura, funcionará. De lo contrario, no morirá, pero estará condenado a vivir siempre destilando veneno...—

— Pobre Fran ¡Eso sería peor que la muerte!—dijo Jazmín con mucha razón.

—Exacto, Jazmín. Ahora oye bien lo que te voy a decir: debes utilizar uno de los poderes más valiosos que tienes. —

—Pero ¡yo no tengo ningún poder! —contestó Jazmín totalmente convencida de lo que decía.

— Lo tienes pero todavía no lo has descubierto—aseguró Violeta.

— ¿En serio tengo un poder? ¡Hala! ¿Y cuál es? ¿El de volar? ¿el de teletransportarme? o ¿el de la invisibilidad?—preguntó Jazmín entusiasmada sin apenas respirar.

—No, tienes uno más potente que todos esos que has nombrado— dijo Violeta.

— ¡Dime cuál es por favor! —suplicó Jazmín.

— Es el poder de la persuasión. —contestó Violeta.

Jazmín se quedó helada.

—¿Qué? ¡Eso no es un poder, Violeta! —gritó desilusionada y bastante indignada.

—Claro que lo es. Muy pocos seres humanos tienen ese poder, Jazmín.

Con él puedes lograr cosas muy importantes—afirmó Violeta.

— Vale, vale pero yo no tengo ese poder. —dijo Jazmín.

Violeta dijo:

—¿Cómo sabes que no lo tienes si nunca los has intentado? Ha llegado el momento de comprobarlo, Jazmín. Debes usar tu poder de persuasión con Fran. No tienes alternativa.—sentenció Violeta.

Jazmín se quedó sin palabras pero lo pensó por un instante y comprendió que debía intentarlo. Entonces se echó junto a Fran, que seguía en el suelo. Lo miró fijo a los ojos, aún sin ver nada, y utilizó su poder:

— Abre los ojos, mírame, estoy aquí y voy a ayudarte a combatir ese maldito veneno, Fran. —dijo con mucha autoridad.

Fran ni se inmutó. Seguía delirando y con los ojos cerrados. Jazmín lo volvió a intentar:

— Vamos Fran, hazlo por mi ¡Abre los ojos o la serpiente del Raizal nos habrá vencido a los dos! —

Pero nada, Fran seguía ignorándola.

Jazmín, totalmente desesperada, se tocó los ojos y le dijo a Violeta:

—¿Lo has visto? ¡No tengo ningún poder! —

—Lo tienes, Jazmín, pero si no te lo crees no puedes usarlo. No puedes usar algo que crees que no tienes, es imposible. ¡Vuelve a intentarlo! —gritó Violeta.

Jazmín se acercó una vez más a su amigo y le dijo:

— Escúchame bien porque esto es lo que vas a hacer, Fran: gritarás con todas tus fuerzas hasta que expulses todo el veneno de tu cuerpo ¡hasta la última gota!. Sentirás como sale de tus venas, atraviesa tu piel y desaparece en el aire. Te lo imaginarás y lo harás realidad ¿está claro? A la cuenta de tres: uno, dos y...¡treeees! —

Silencio total. Fran no gritó. Seguía en su mundo.

Entonces, en un último y desesperado intento por persuadir a Fran, Jazmín cogió una flor de su escudo y la puso junto a su nariz. Luego decidió decirle lo que le salía del corazón que fue lo siguiente:

—Huele esta flor y siente su esencia. Así es la tuya ¡fuerte y pura!

Eres el niño más valiente que he conocido en mi vida y tu esencia puede

combatir cualquier veneno, así que... ¡Grita ya, Fran! —

— ¡Aaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhh! —gritó Fran con furia.

— ¡Más fuerte! — Le dijo Jazmín agarrándolo de los brazos.

— ¡Aaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhh! —volvió a gritar con más fuerza aún.

Las plantas carnívoras empezaron a moverse con ganas de devorar algo. Los gritos de Fran las habían despertado.

La serpiente levantó la cabeza buscando con sus ojos a la presa que ya había atacado unos días atrás. Creyó que su veneno era infalible pero se equivocó. Porque, como por arte de magia, Fran dejó de sudar, los temblores lo abandonaron y el color verdoso de su cara fue desapareciendo. Empezó a respirar con normalidad y los síntomas se esfumaron ¡El poder de Jazmín había funcionado!

Fran suspiró aliviado cuando se dio cuenta de que volvía a sentirse bien. Pero no había tiempo para celebraciones porque Jazmín debía ir a por la serpiente. Así que cogió su escudo y se marchó.

Cuando llegaron al altar, Jazmín gritó:

— ¡Aquí estoy, sal de ahí, maldita! —

La serpiente giró su cabeza y le clavó los ojos. Se desenroscó y se arrastró hasta donde estaba ella. Un séquito de ciempiés salió de debajo de las piedras formando una muralla frente a ella. Las plantas carnívoras abrían y cerraban sus hojas preparándose para el festín que se harían luego del combate. Finalmente la serpiente se irguió frente a Jazmín e intentó persuadirla sacando su lengua bífida y hablándole con su voz aguda y espantosa:

—¿Has venido a rescatar a Violeta? ¡Qué noble eres! Aunque eso no va a pasar. Lo siento mucho, querida —escupió la serpiente burlándose de ella.

Jazmín no emitía palabra.

—Podrías ser más inteligente que tu tatarabuela y aceptar el trato que voy a proponerte. El mismo que le propuse a ella hace 130 años y que no supo aprovechar. —dijo la serpiente llena de veneno.

— ¡Eso nunca! —contestó Jazmín llena de valor.

— Veo que estáis hechas de la misma pasta—se rió con ironía.

— Sí, tenemos la misma esencia. —añadió Jazmín con sarcasmo.

La serpiente se puso frente a ella con la intención de hipnotizarla pero no se dio cuenta de que eso no sería posible porque Jazmín no podía ver sus

maquiavélicos ojos.

Entonces Fran gritó:

— ¡Mira que eres tonta, serpiente! ¡Hey aquí estoy! No te has dado cuenta de que tu hipnosis no funciona si estás ciego!—

— ¡Pues yo tengo más poderes para usar, niño! — gritó la serpiente retorciéndose.

Posteriormente cogió impulso y se lanzó al cuello de Jazmín para asfixiarla.

A Jazmín ya no le quedaban fuerzas para usar su escudo. La serpiente la había levantado por los aires y le colgaban los pies. El color de su cara había empezado a tornarse azul por la falta de oxígeno.

Cuando pensó que todo se había acabado, y a penas le quedaban fuerzas, Fran lanzó su escudo y con una gran puntería le dio en la cabeza a la serpiente. La noqueó. Se quedó tirada en el suelo, fulminada. Pero su séquito de criaturas no se iba a quedar impasible.

Las plantas carnívoras empezaron a vomitar insectos a modo de proyectiles que caían sobre Fran y Jazmín. Los colibríes con picos peludos y las babosas con tentáculos de pulpo les rodearon haciendo un círculo de veneno que largaba toxinas y un olor nauseabundo. Estaban atrapados en el oscuro Raizal. En medio del caos, Jazmín se tocó los ojos y oyó la voz de Violeta que le dijo que vuelva a confiar en su mayor poder y que lo usara para deshacerse de las criaturas.

— ¿Cómo voy a persuadirlas? ¡Ni siquiera sé si puedan oírme! —preguntó Jazmín desquiciada.

Violeta le dijo que usara las palabras indicadas y lo conseguiría.

Jazmín no tenía elección y dijo lo que le salió en ese momento de desesperación:

—¿Por qué estáis en este horroroso mundo cuando podríais estar en el paraíso? Aquí no existe el sol, la naturaleza está muerta, las flores no huelen y vosotros no sois vosotros. Ni siquiera os dais cuenta en lo que os habéis convertido. —

Cuando acabó de hablar, lanzó su escudo con fuerza hacia arriba y un claro de luz se abrió en el oscuro cielo del Raizal deslumbrando a las criaturas. Fue como hacer un gran agujero en el techo. En ese momento las criaturas miraron hacia arriba y, por primera vez, vieron la luz en todos los aspectos. Después de mucho tiempo pudieron ver más allá. Recordaron y volvieron a descubrir el mundo auténtico que había allí fuera, esperándoles: colores vivos, luminosidad, aire puro...

Aquello fue algo tan impactante para ellos y las movilizó tanto que no pudieron resistir la tentación de querer salir.

Fran las miraba anonadado y le contaba a Jazmín lo que estaba

ocurriendo:

— Jazmín, las criaturas no paran de mirar hacia arriba y los rayos del sol las están transformando! —

—¿Cómo transformando? ¿Se están calmando? —preguntó Jazmín.

— Eso no lo tengo claro todavía, pero las tendrías que ver, Jazmín! El sol les está dando de lleno y están empezando a cambiar su aspecto. ¡No me lo puedo creer! ¡Al colibrí se le han volado los pelos del pico y las babosas no están guapas pero, al menos, no tiene esos asquerosos tentáculos de pulpo. — dijo Fran bromeando.

—¿En serio? ¡Qué lástima que no puedo verlas, qué rabia me da! —contestó Jazmín.

Hasta que ocurrió lo inimaginable. Los ciempiés, que ya no tenían cuerpos de escorpión, se acercaron desde el altar trayendo a la enanita de jardín a cuestas ¡Con Violeta dentro!

—¡Jazmín no te vas a creer quién está viniendo hacia aquí!—

De repente Jazmín comenzó a notar algo raro en sus ojos. Primero vio unas sombras que aparecían y desaparecían como fantasmas. Luego percibió unas figuras poco nítidas que se dibujaban delante de sus ojos. Y por último, vio con total claridad el simpático gorrito rojo, medio hecho polvo por los años, que llevaba la enanita de jardín ¡Jazmín había recuperado la vista!

— ¡Fran, Fran! ¡Estoy viendo! ¡Puedo ver como antes! Violeta tenía toda la razón. Veo los colores mucho más brillantes ahora. — dijo emocionadísima.

Fran le preguntó si estaba hablando en serio y ella respondió:

—Claro que sí! Tú no eres como te imaginaba. Tienes la nariz más grande y el pelo rizado jaja. —

Luego se tocó las ojos para oír a Violeta que le dijo:

— ¡Estoy muy orgullosa de ti, Jazmín! Has logrado derrotar a la serpiente del Raizal y has liberado a las criaturas de su ignorancia. Por eso has recuperado la vista. Ahora te queda la recta final: revivir al gen del olor que está escondido en algún sitio de la raíz de este gran árbol. La que abristeis con vuestros escudos para bajar hasta aquí. ¡Fran y tú tenéis que encontrarlo lo antes posible!

—¿Cómo haremos para encontrarlo? —

Yo ya puedo ver pero no tengo visión de rayos x para hacerlo a través de la raíz! ¿O sí? ¿Es que también tengo ese súper poder y no lo sé? — preguntó Jazmín tratando de quitarle hierro al asunto pero con una risa

nerviosa que delataba lo alterada que estaba.

— ¡No sabía que eras tan graciosa, Jazmín! Aunque no sé por qué no me sorprende, lo llevas en los genes jajaja. Te viene de familia. Pero volvamos al gen del olor que el tiempo corre. Te voy a explicar cómo puedes encontrarlo. Esto que voy a decirte es muy importante. Presta mucha atención: deberás ponerte frente a la raíz y pasar tu escudo sobre ella como si fuese un detector de metales ¿Sabes de lo que te hablo, verdad? —

— Si Violeta, sé lo que es un detector de metales—respondió Jazmín mientras se destapaba un ojo para ver donde estaba Fran que se había quedado sentado a un lado esperando a que ella terminara de hablar con Violeta.

Cuando Jazmín lo localizó se quedó tranquila y volvió a tocarse el ojo para seguir oyendo las instrucciones de su tatarabuela. Violeta le dijo que, cuando pasara el escudo sobre la raíz tenía que estar muy alerta y concentrada para sentir una gran vibración desde el interior de la raíz. Cuando sintiera esa vibración sabría que había llegado al sitio exacto donde está el gen. Luego le explicó que el gen se activaría al sentir el aroma auténtico de las flores de su escudo. Solo la esencia de las flores puede revivirlo.

Jazmín le dijo a Violeta que esperaba no olvidarse de nada. Y que le contaría todo a Fran por las dudas.

4. En búsqueda del gen del olor

Cuando Jazmín ya estaba preparada mentalmente y dispuesta a ir en búsqueda del gen, se dio cuenta de que primero debía subir a la superficie y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Entonces volvió a acudir a Violeta pero, esta vez, ella le aseguró que en eso no podía ayudarla, que debía ingeniárselas con Fran para subir. Lo único que le dijo fue:

—Confío en ti, Jazmín. Sé que sabrás apañártelas para subir a la superficie. Confía tú también en ti. —

Acto seguido Jazmín dijo:

— ¡Vamos Fran! ¡A por el gen del olor! —

Fran ni siquiera preguntó cómo saldrían de allí y la siguió sin hablar. Jazmín caminaba de un lado a otro frenéticamente y de repente pronunció en voz alta:

— Tengo que persuadir a alguien pero ¿a quién? —

Fran había permanecido callado pero aquello le pareció demasiado y creyó que había llegado el momento de preguntarle a Jazmín qué planes tenía.

—¿Puedes contarme que está pasando por tu cabeza para que pueda ayudar en algo, Jazmín? —

— ¡Vale, vale Fran! — respondió Jazmín cuando se dio cuenta de que sola no podría cumplir su objetivo.

—Tenemos que subir a la superficie, de donde partimos. Tenemos que volver a la parte de arriba de la raíz y no sé cómo lo haremos. ¡Estamos atrapados aquí abajo! —

— Eso es muy fácil, Jazmín. —dijo Fran con una media sonrisa en los labios y aires de superioridad. —

Como suele pasarle a los seres humanos en momentos de crisis, Fran tiró de experiencias vividas cuando un flash back vino a su mente. Recordó que una vez, cuando era pequeño, su padre lo encerró en el sótano porque no había traído el dinero suficiente para comprar su alcohol. Su padre se enfureció tanto que lo mandó de una patada, escaleras abajo, al frío y sucio sótano de su casa. Allí estuvo prisionero dos largos días sin comer ni beber agua. La intensidad de su padre era encerrarlo por mucho más tiempo pero Fran pudo escapar gracias a su ingenio.

La puerta estaba cerrada con llave y era imposible abrirla. Entonces a Fran se le ocurrió salir por una pequeña ventana que tenía el cristal medio roto. El problema era que no había forma de llegar hasta ella porque no tenía ninguna escalera. La escena era realmente parecida a la que estaban viviendo en aquel momento.

Lo que hizo Fran aquella vez fue fabricarse una especie de escalera cogiendo bultos y chatarra que guardaba su padre en el sótano. Lo que más le costó fue el tramo final porque con su precaria escalera no llegó hasta arriba del todo y tuvo que saltar para colgarse de la ventana e intentar salir. Lo hizo con éxito pero bastante malherido por los restos de cristal que había en uno de los laterales de la ventana.

—¡Tenemos que fabricar una escalera, Jazmín! —gritó Fran eufórico.

—¿Qué? ¿pero si aquí no hay nada más que piedras, plantas carnívoras y unas criaturas que todavía no sabemos si se han vuelto buenas o no? — dijo Jazmín con poca fe.

Fran se quedó pensando por un momento hasta que se le ocurrió una idea.

— Jazmín ¿y si hacemos una escalera con las criaturas? —

—¿Te has vuelto loco, Fran? — contestó Jazmín frunciendo el ceño como de costumbre.

—¿Por qué no? Piénsalo, podría funcionar! ¡Nos subimos arriba de ellas

como en una pirámide humana. —

Jazmín no daba crédito.

—No creo que las criaturas sean muy humanas, precisamente... pero podría usar mi poder de persuasión para convencerlas de que hagan una escalera ¿verdad?—

— ¡Claro que sí, Jazmín. Eso es lo que tienes que hacer. Yo estoy seguro de que puedes conseguirlo. Si me has salvado a mi, puedes hacer cualquier cosa jaja. —

— Lo intentaré—soltó Jazmín mirando hacia el suelo.

Mientras tanto en la superficie, la vida normal y a todo color, continuaba. Margarita y Octavio llegaron a casa convencidos de que encontrarían a su hija allí pero eso no ocurrió. Al entrar, Octavio gritó:

—¡Ya estamos en casa Jazmín! —

Nadie respondió.

Octavio miró a Margarita extrañado y ella dijo:

—Seguro se ha quedado dormida, Octavio. No te preocupes. —

Pero en el fondo ella también empezaba a preocuparse porque Jazmín siempre respondía enseguida. Subieron los dos por las escaleras y al llegar a su cuarto se encontraron con la desagradable sorpresa de que Jazmín no estaba.

—¿Dónde se ha metido esta niña si no ve nada? — preguntó Margarita recorriendo la habitación muy nerviosa y mirando hasta debajo de la cama por si su hija les estaba gastando una broma. No podían imaginar que Jazmín estaba en un inframundo luchando por revivir al gen del olor. Y, en consecuencia, la esencia de las flores y su tan querida tienda. Jazmín se acercó a las criaturas, temblando de miedo, pero confiando en su poder. Sabía que de otra manera, sería inútil intentarlo. Estaba rodeada por completo por ellas y decidió ir directa al grano:

—¿Queréis salir de este infierno? ¡Es ahora o nunca! No voy a insistir. ¡Está en vosotras salir abandonar esta vida tan triste, criaturas!—Jazmín las recorrió con su mirada persuasiva, una a una.

Ninguna de las criaturas emitió sonido alguno, hasta pasados alrededor de tres interminables minutos cuando una babosa habló:

—¡Sí quiero! no sé vosotras, pero yo me largo de aquí lo antes posible.—movió su cuerpo lentamente en señal de valentía.

—Yo también quiero!—

—Y yo!—

—Y yo!—

Una a una empezaron a responder positivamente a la pregunta de Jazmín. Fran se alegró tanto como ella y corrió a abrazarla. Acto seguido cogió el mando para explicarles a las criaturas lo que debían hacer:

—Vamos a ver chicas, me refiero a vosotras, las bobosas ¡prestadme mucha atención! Vosotras formarán un cuadrado justo aquí.—Fran les marcó la zona donde tenían que ubicarse.

—Os pondréis boca abajo eh... no sé si tenéis boca pero me entendéis, no? y formarán la base de la escalera que vamos a hacer. Como sois bobosas, se pegarán muy bien al suelo.—

Las bobosas asintieron con la cabeza.

—Los cienpiés se colocarán arriba de las bobosas formando los escalones ¿entendido, amigos?—

Los cienpiés tampoco dijeron nada pero se pusieron a bailar animadamente. ¡A penas se les veía los pies de lo rápido que los movían!

—Por último quedáis vosotros, queridos colibríes... A vosotros os pediré que suban volando hasta la cima y vigiléis que no haya nadie cerca. ¡No queremos que nadie nos descubra! Salir en las noticias de medio mundo ahora no sería muy bueno.—

Jazmín escuchó a Fran como nunca antes lo había hecho. Estaba realmente sorprendida por su actitud e ingenio. El ladronzuelo comenzaba a robarle el corazón.

Mientras los colibríes terminaban de acomodarse y formar los escalones sobre las bobosas, Fran se dirigió a todos una vez más:

—A la cuenta de tres, Jazmín, con la enanita de jardín, y yo subiremos a través de vosotras para salir. Luego podréis hacerlo vosotras trepando por las paredes ¿entendido?— Fran miró a Jazmín buscando su aprobación. Esta se la dio asentando con la cabeza y sonriendo con dulzura. Fran se puso rojo. Luego contó:

—Uno, doy y... ¡tres!—Fran y Jazmín corrieron hacia la escalera de criaturas, cada uno con sus escudos, y Jazmín también cargando a Violeta con la otra mano. Y comenzaron con la operación ascenso que... ¡fue todo un éxito! No les costó mucho llegar a la superficie. Y una vez estuvieron fuera, respiraron profundo y se dieron un abrazo, con la enanita de por medio, pero profundo también... ¡Explotaban de felicidad!

Mientras tanto las criaturas empezaron a subir lentamente por las paredes del Raizal.

Había llegado el momento de encontrar al gen del olor. Así que Jazmín se acercó a la raíz y siguió todos los pasos que le dijo Violeta:

1. Se paró frente a la raíz.
2. Apoyó el escudo de flores sobre ella.
3. Mantuvo sus manos sobre él.
4. Se concentró.
5. Y trató de percibir las vibraciones que emitiría el gen desde el interior de la raíz al entrar en contacto con las flores del escudo.

Siguió la teoría a la perfección, pero falló. Suele pasar porque de la teoría a la práctica, hay un trecho. Resultó ser que Jazmín no percibió absolutamente nada. Aunque lejos de rendirse, se enfureció y se propuso conseguirlo aunque fuese lo último que hiciera en su vida.

Miró a Fran con los ojos eyectados en sangre y le dijo:

—Ven Fran y pon tu escudo junto al mío.—

Fran corrió hacia ella y dejó el escudo sobre la raíz.

Jazmín cerró los ojos, apoyó una mano en su escudo y la otra en el de Fran, y se concentró con todas sus fuerzas. De pronto, sintió como un cosquilleo muy suave. Su corazón empezó a latir muy rápido y la adrenalina a correr una maratón por todo su cuerpo. Segundos más tarde, sintió lo que era, sin ninguna duda, una enorme vibración ¡Lo estaba consiguiendo!

En un momento la vibración provocó que la tierra temblara y empezó a abrirse una grieta. Jazmín y Fran se temieron lo peor. Pensaron que otra vez se trataba del Raizal y se apartaron de inmediato de la raíz. Pero, por fortuna, de la grieta empezó a salir un halo multicolor que transmitía una aroma muy rico, casi embriagador. Daba gusto sentirlo. Este aroma acabó con el olor putrefacto que predominaba allí en cuestión de minutos. El halo fue desapareciendo lentamente dejando ver una pequeña cápsula blanca esponjosa que parecía tener vida propia. De repente se acercó a Jazmín y empezó a hacerle cosquillas en el cuello. Jazmín se reía sin parar y jugaba con ella. Fran miraba la escena fascinado. Hasta que la cápsula se posó en el pecho de Jazmín, justo encima del corazón, y se metió dentro ¡desapareció en el acto!

Jazmín se quedó inmóvil. Cuando pudo articular movimiento, se llevó los dedos a los ojos para escuchar a Violeta:

—Esa cápsula blanca es el gen de olor, Jazmín ¡bien hecho!
y ha desaparecido porque ha ido a ocupar su lugar: el corazón de la flor más pura que existe en la Tierra. Esa flor eres tú, Jazmín.—

Jazmín no pudo evitar llorar de la emoción que le provocaron las palabras

de Violeta. Cuando se llevó los dedos a los ojos para secarse las lágrimas, otra vez oyó la voz de Violeta que le dijo:

—Tu madre Margarita, Begoña, tu abuela que está en el cielo y yo, tu tatarabuela Violeta, nacimos con el don de apreciar y valorar la belleza de las flores. Pero tú, Jazmín, con tu esencia extremadamente pura, has sido la elegida para revivir al gen de olor. Tu misión fue salvar a la Tierra de caer en las garras de la devastadora superficialidad y lo has conseguido.

A Jazmín le costaba hablar. Sentía un torbellino de emociones que la habían dejado mareada. Pero sí alcanzó a preguntarle a Violeta cuando podría salir del cuerpo de la enanita. Entonces Violeta respondió:

—Ya lo he hecho, Jazmín. Yo soy el gen del olor y viviré por siempre en tu corazón.—

Fin.